

DISPUTAS EN TORNO AL CONTROL DE LA LECTURA. LA TENSIÓN ENTRE LA IGLESIA CATÓLICA Y LAS FUERZAS ARMADAS ARGENTINAS ANTE LA “BIBLIA LATINOAMERICANA”.

María Alejandra Vitale, Instituto de Lingüística, FFYL, UBA

Numerosas investigaciones han demostrado que a lo largo de la historia la lectura fue una práctica representada como un peligro para los poderes instituidos, lo que la llevó a ser objeto de múltiples controles por parte de diversas instituciones (Chartier, 1994; Chartier y Hébrard, 1996). En cuanto a los textos considerados sagrados, existen también estudios de los intentos de delimitar su lectura legítima y neutralizar los riesgos de una interpretación no sujeta a pautas prefijadas (Gilmont, 2001; Julia, 2001).

La polémica desatada en la Argentina de 1976 ante la circulación de una nueva traducción de la Biblia, conocida como “Latinoamericana”, se inscribe en aquella serie de controles, con la particularidad de que en dicha coyuntura se vieron involucrados la Iglesia Católica, los medios masivos y las propias Fuerzas Armadas, que gobernaban al país bajo una sangrienta dictadura.

La “Biblia Latinoamericana”, autorizada por el arzobispo de Concepción, Chile, monseñor Manuel Sánchez, fue publicada por primera vez en 1972, en Madrid, por Ediciones Paulinas y Verbo Divino. Circuló en la Argentina sin trascendencia pública hasta que la revista *Gente* emitió el 26 de agosto de 1976 una nota titulada “Esto salió en una Biblia”, donde se refería a las “fotografías intencionadas”, “la porción de veneno” y el “burdo muestrario marxista” que transmitía la “Biblia Latinoamericana”. Para *Gente*, los editores buscaban que el libro sagrado fuese leído “únicamente como una guerra entre ricos y pobres, como un camino hacia la subversión y la metralla. Como una grotesca opción entre La Habana y Nueva York”. El 5 de septiembre, el diario *La Razón* reprodujo en el lugar más destacado de su tapa las primeras declaraciones públicas sobre la “Biblia Latinoamericana” emitidas por un miembro del clero, el obispo de San Juan, monseñor Idelfonso María Sansierra, quien la calificó de “satánica, sacrílega y mortal” (1).

A partir del pronunciamiento de Sansierra, altos funcionarios del gobierno militar y miembros de las Fuerzas Armadas realizaron una investigación sobre la “Biblia Latinoamericana”, que fue retirada de sus lugares habituales de venta (2). Mientras tanto, la polémica crecía, alimentada por las declaraciones públicas de otros miembros de la jerarquía eclesial argentina que se caracterizaron, como monseñor Sansierra, por su nacionalismo profascista y su apoyo a la dictadura militar. Se trataba de monseñor Tortolo, arzobispo de Paraná y vicario castrense; monseñor Plaza,

obispo de La Plata, y monseñor Derisi, obispo auxiliar de esa ciudad y rector de la Universidad Católica Argentina. En el campo periodístico, el diario *La Razón*, tomado por los servicios de inteligencia del Ejército y fiel difusor del discurso militar (Blaustein y Zubieta, 1998), encabezó, luego de la denuncia de *Gente*, la campaña en contra de la “Biblia Latinoamericana”.

A nivel público, una voz se destacó en defensa de ella, la del obispo de Neuquén, monseñor de Nevares, quien recomendó “calurosamente” la lectura de esta Biblia y expresó su deseo de que “la tuvieran todos” (3). El diario *La Razón*, como respuesta, no dudó en atacar a De Nevares sosteniendo que “tiene antecedentes que lo sitúan en el terreno ideológico”.

La traducción de la “Biblia Latinoamericana” fue uno de los ejes de la polémica, que activó diversos imaginarios sobre la práctica de la traducción. Monseñor Sansierra, el más crítico sobre este punto junto con monseñor Tortolo, hizo hincapié en la exigencia de fidelidad del texto denominado meta respecto del texto fuente, sosteniendo que “la traducción no es del todo fiel, vale decir, no transmite íntegramente lo que Dios ha revelado” y que “tergiversa el texto evangélico” (4). Monseñor de Nevares, en cambio, negó que fuese mala la traducción, al igual que el Episcopado de Chile, el que, ante la polémica desatada en la Argentina, redactó un documento en donde reconocía que toda traducción es una interpretación del texto fuente, pero aclaraba que la Biblia cuestionada “no tiene interpretaciones contrarias a la fe y la moral”.

En verdad, las críticas de los obispos nombrados y del diario *La Razón* hacia la “Biblia Latinoamericana” demostraron que para ellos su peligro mayor radicaba en las formas materiales a través de las cuales el texto sagrado iba esta vez en busca de sus lectores. Eran conscientes, a su manera, de que –como afirma Chartier (1994:43, 25)- “las formas físicas a través de las cuales son transmitidos los textos a sus lectores (...) afectan el proceso de construcción del sentido” y de que “un texto, estable en su letra, está investido de una significación y de una categoría inéditas cuando cambian los dispositivos que lo proponen a la interpretación”.

Los enemigos de la “Biblia Latinoamericana” se basaron en los elementos paratextuales (Alvarado, 1994) para fundamentar su creencia de que estaban ante un caso de “infiltración marxista”. En primer lugar, criticaron la incorporación al texto bíblico de numerosas fotografías, que entablaban una relación de connotación mutua con la parte verbal (Barthes, 1982). Ante estas imágenes, monseñor Derisi afirmó: “Salta a la vista que las fotografías que se han insertado están en una línea política izquierdizante. Basta señalar la que reproduce un acto comunista, con la hoz y el martillo”. Monseñor Plaza, por su parte, declaró: “Las fotos (...) que agrega son

extrañas a la Biblia, pues evidencian una posición política, lo que no se debe hacer tratándose de un libro sagrado”.

El diario *La Razón*, el 14 de octubre, reprodujo ampliada en su tapa la foto cuestionada por Derisi, en la que insertó cuadritos blancos que ayudaban a identificar los elementos que le resultaban más peligrosos: “imagen de Lenin”, “guerrillero cubano con bandera y ametralladora”, entre otros. Esta foto, por otra parte, ilustraba una nota titulada: “En la Biblia apócrifa exaltan el comunismo. El examen de su contenido es inequívoco”, con lo que el diario se situaba en el lugar de la certeza respecto de la interpretación del carácter apócrifo y comunista de la “Biblia Latinoamericana”.

En segundo lugar, los obispos cuestionaron la tipografía, en particular el uso alternativo de distintos tipos para destacar libros o fragmentos del texto bíblico. Para monseñor Sansierra, “La intención aviesa y sacrílega queda de manifiesto en los caracteres tipográficos diferentes, de modo que los pasajes que equivocadamente pueden ser interpretados para la revolución, son los más legibles”.

Sobre las introducciones y las notas, monseñor Tortolo advirtió que eran “tendenciosas”, mientras que monseñor Derisi hizo hincapié en que “se habla (...) de la Iglesia institucional con poco respeto y señalando de ella siempre sus defectos”. Monseñor De Nevares, en cambio, declaró: “¿Qué es lo que molesta? Las notas, que toda Biblia tiene, que siguiendo la tendencia de la Iglesia de hoy, las aplican a la realidad de América Latina (...) y ponen al descubierto muchas cosas que molestan”.

Otro elemento paratextual que despertó el rechazo fueron los agregados al texto bíblico de fragmentos del documento que la Conferencia Episcopal Latinoamericana emitió en Medellín, pues, en palabras de monseñor Sansierra, “La única revelación es la que hemos tenido siempre, la escritura /del Evangelio/ tal cual es”.

El hecho de que los dispositivos formales de la nueva edición de La Biblia incidieran en la construcción del sentido, es decir, en la interpretación del texto bíblico, fue percibido por sus críticos no solo como “una maniobra de infiltración marxista en el Evangelio”, sino también como un cuestionamiento al Magisterio de la Iglesia, a su facultad para decretar la interpretación legítima de las Sagradas Escrituras, de allí que monseñor Derisi impugnara a los editores sosteniendo que “se olvidan que el Magisterio de la Iglesia lo ejercen el Papa y los obispos”.

El aspecto material de la “Biblia Latinoamericana” se tornaba más peligro si se consideraba que en 1976 llevaba diez ediciones y 800.000 mil ejemplares distribuidos en América Latina y en España. En esta línea, *La Razón* advertía sobre su bajo precio, su amplia red de lugares de venta que incluía quiscos callejeros, y el formato de la edición que la convertían en un libro de bolsillo. Estas características sumadas a los

aspectos paratextuales antes nombrados manifestaban el deseo de los editores de facilitar el acceso de los lectores populares al texto sagrado, tipo de lectores a los que iba dirigida la “Biblia Latinoamericana” según declaraciones hechas desde Chile por monseñor Sánchez. En verdad, las antedichas formas materiales constituían, desde las propuestas de Chartier, una huella de la representación de los editores del público lector al que iba dirigida la “Biblia Latinoamericana”: latinoamericanos que viven en condiciones injustas de distribución de la riqueza, que tienen un bajo poder adquisitivo, que no poseen el hábito de frecuentar las librerías, que son poco avezados en la práctica de la lectura de la Biblia, por lo que necesitan muchas reformulaciones explicativas, ilustraciones y guías tipográficas que les faciliten el acceso a las partes cuya lectura es priorizada por los editores, sobreentendiendo que el texto puede ser leído de modo fragmentario e incompleto.

La difusión de las declaraciones de los obispos escandalizados por la “Biblia Latinoamericana”, la postura concluyentes del diario *La Razón* (tomado, dijimos, por los servicios del Ejército) sobre su carácter apócrifo y marxista, más otras presiones que recibió la Iglesia Católica por parte de las Fuerzas Armadas para que la prohibiera, comentadas por los historiadores Di Stefano y Zanatta (2000), llevaron a que la Conferencia Episcopal Argentina decidiera que su Comisión Teológica elaborara un informe sobre la “Biblia Latinoamericana” (5). Este informe fue discutido en la reunión que el Episcopado celebró entre el 25 y 30 de octubre de 1976, y dio como resultado, en una votación secreta, pero de la que se supo estuvo fuertemente dividida, la aprobación de un documento que se conoció el mismo 30 de octubre.

En primer lugar, se destaca la distinción que hace el Episcopado entre el texto bíblico y sus formas materiales, sosteniendo que “la Biblia misma, en cuanto tal, es independiente de sus distintas versiones y ediciones”. Sobre la “Biblia Latinoamericana”, se observa un intento de satisfacer a las posiciones enfrentadas, en búsqueda de la unidad de los obispos. De este modo, la traducción es considerada sustancialmente fiel; las fotografías, en cambio, merecen la desaprobación en dos casos, y en los otros son percibidas en “una línea temporalista, por lo menos equívoca”. Respecto de las notas, se valoran las explicativas “que, con fidelidad y respeto, adaptan al lector menos culto verdades de la fe”, pero se afirma que otras “son ambiguas, no exentas de peligros y algunas, referidas especialmente a la Iglesia, por su carácter desorientador, son ciertamente inaceptables”.

El Episcopado adopta así un tono moderado ante la “Biblia Latinoamericana”, a la que nunca califica de “marxista” y a la que le reconoce “muchos aspectos positivos”. Manteniendo este tono, se aleja tanto del marxismo como de los sectores nacionalistas profascistas que estaban aliados con monseñores como Sansierra,

Tortolo, Plaza y Derisi (Mignone, 1999). El documento usa una forma impersonal que alude a estos sectores cuando afirma: “se ha acusado a los obispos de cierta complacencia con el marxismo”, lo que refuta condenando explícitamente la ideología y la praxis marxistas. Al mismo tiempo, el documento advierte que su crítica al marxismo no significa “la aceptación de (...) doctrinas que, aunque opuestas al marxismo, en su tiempo llegaron a proscribir el sagrado texto”, aludiendo a los regímenes de extrema derecha que en la Europa del siglo pasado intentaron subordinar a la Iglesia Católica. Asimismo, utiliza la negación polémica (Ducrot, 1984) cuando sostiene: “la Iglesia sabe (...) que no es instrumento de ninguna cruzada”, donde, además de presuponer la verdad de su enunciado (Ducrot, 1984) refuta la voz de los sectores nacionalistas profascistas que pretendían lo contrario. Con esto, cuestiona el término “cruzada”, que connota el borramiento de la distinción entre el poder espiritual y el poder temporal, y rechaza la posibilidad de que la Iglesia Católica se transformara en un instrumento de la lucha contra el comunismo. ¿Pero un instrumento de quién? Se trataba, evidentemente, del poder militar que gobernaba a la Argentina.

En este marco, el Episcopado afirma:

“La interpretación de la Biblia es un asunto exclusivo del Magisterio jerárquico y ningún poder, cualquiera sea su motivación, puede interferir en esta fundamental función de los Obispos, maestros de la Fe y fieles servidores y custodios de la Palabra de Dios”

Este enunciado es ambiguo, pues podía aplicarse tanto a los editores de la Biblia Latinoamericana, como a ciertos medios masivos y al propio gobierno militar. La presión que las Fuerzas Armadas ejercían sobre la Iglesia no era una cuestión menor, pues la mayoría de la jerarquía eclesiástica estaba unida a ellas bajo la construcción ideológica que Di Stefano y Zanatta (2000) denominan “mito de la nación católica”. Este mito concibe a la doctrina de la Iglesia como la fuente de legitimidad del orden político y como elemento constitutivo del “ser nacional”. Promueve por ello la reunificación de la Iglesia y el Estado, convertido en un Estado católico, tarea que la Iglesia le asigna a las Fuerzas Armadas, guardianas de la nacionalidad. Pero el mito de la nación católica, al desdibujar los límites entre la Iglesia y el Estado, implicaba en el caso de la “Biblia Latinoamericana” el riesgo para la Iglesia de quedar subordinada al poder terrenal. La Iglesia Católica, entonces, a través del documento del Episcopado, se asumió como la única institución con potestad para controlar la lectura de la Biblia, por lo que tomó la decisión de que fuese revisada para superar sus

“elementos discutibles” y de que se le agregara un “suplemento obligatorio para la Argentina”, es decir, un nuevo paratexto para vigilar y controlar su lectura.

A modo de conclusión

La polémica suscitada por la “Biblia Latinoamericana” en la Argentina de 1976 presenta para la historia de la lectura un doble interés. Por un lado, es un caso particular que confirma cómo los dispositivos materiales que acompañan a un texto son una huella de la representación de sus lectores y elementos que inciden en la construcción de su sentido. Por otra parte, es otra muestra de cómo la lectura constituye una práctica objeto de controles que, en el caso de la “Biblia Latinoamericana”, fueron en principio ejercidos por los editores para guiar una interpretación que se orientara a los problemas sociales y políticos de la realidad latinoamericana. En la Argentina, se dio la particularidad de la tensión entre la Iglesia Católica y las Fuerzas Armadas, aunque también ciertos medios masivos, por censurar, vigilar o controlar la lectura, representada como un peligro, de esta nueva traducción de la Biblia.

Queda como tarea, finalmente, analizar el suplemento obligatorio exigido por el Episcopado argentino y la serie de reformulaciones de las que ha sido objeto la “Biblia Latinoamericana” en sus sucesivas ediciones, desde la década del setenta hasta nuestros días.

Notas

- (1) Ver “El arzobispo de San Juan ha formulado una grave denuncia”, *La Razón*, 5-9-76, p. 1
- (2) Sobre la investigación de las Fuerzas Armadas, ver “La Biblia Latinoamericana es izquierdista y subversiva”, *La Nación*, 13-10-76.
- (3) Declaraciones reproducidas en *La Nación*, 13-10-76, p. 1.
- (4) Las declaraciones de los obispos críticos ante la “Biblia Latinoamericana” están reproducidas en *Somos*, 5-11-76.
- (5) La Comisión Teológica, presidida por monseñor Derisi, estaba integrada por monseñor Laguna, Bozzoli y Rossi.

Bibliografía

Alvarado, Maite (1994) *Paratexto*. Bs. As.: EUDEBA

Barthes, Roland (1982) "El mensaje fotográfico", en AA.VV *El análisis estructural*. Bs. As.: CEAL

Blaustein, Eduardo y Zubieta, Martín (1998) *Decíamos ayer. La prensa argentina bajo el proceso*. Bs. As.: Colihue

Chartier, Roger (1994) *El orden de los libros. Lectores, autores, bibliotecas en Europa entre los siglos XIV y XVIII*. Barcelona: Gedisa

----- (1996) *El mundo como representación. Historia cultural: entre prácticas y representación*. Barcelona: Gedisa

Chartier, Anne-Marie y Jean Hébrard (1994) *Discursos sobre la lectura (1880-1980)*. Barcelona: Gedisa

Di Stefano, Roberto y Loris Zanatta (2000) *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. Bs. As.: Argent

Ducrot, Oswald (1984) *El decir y lo dicho*. Bs. As.: Hachette

Gilmont, Jean-Francois (2001) "Reformas protestantes y lectura", en Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus

Julia, Dominique (2001) "Lecturas y Contrarreforma", en Cavallo, Guglielmo y Roger Chartier, *Historia de la lectura en el mundo occidental*. Madrid: Taurus

Mignone, Emilio F. (1999) *Iglesia y dictadura. El papel de la Iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*. Bs. As.: Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes (1° edición: 1986)

